

ORLANDO ROSSARDI¹

III

Calendario de rostros

Antes

La canción ha de seguir al resto.
Yo lo oí sonar un día
–de pequeño entre pequeños–
por todos los rincones:
Va y se impone y atraviesa,
como flecha, los oídos.
La canción es la de siempre,
la que suena al acabar el día y la que nace
con él desparramada.
¿Cuál la canción? ¿Qué la canción?
Sus sonidos son amor,
son sueños que han quedado
colgando en cualquier lugar del día.
Porque hubo un día y lo fue claro
y con sol que la canción que se cantaba
conocía.
Y su brillo decoraba
los ojales y llenaba las aceras,

¹ ANLE y ASALE. Orlando Rodríguez Sardiñas ha sido profesor en varias universidades de los Estados Unidos. Como escritor, ensayista, dramaturgo, poeta y promotor cultural tiene una amplia y diversificada producción. <http://www.anle.us/239/Orlando-Rossardi.html>

flotaba entre las palmas
y bronceaba su figura por la playa,
y la gente toda andaba
a pierna suelta
un do- re- mi que se palpaba entre los dedos.
¿Cuál la canción? ¿Qué canción?
Se hacían bandas
con la canción de moda,
se acudía a las vidrieras
para verlas lucir
por los cristales.
Y por entonces en aquel entonces
hasta el aire sonreía,
sonreía el viento todo
y se abría el cariño hasta el retozo,
y los besos jugaban
a otra forma de besar.
¿Cuál esa canción que se cantaba?
Y las cosas y las nubes
iban dando un vuelco
y la canción sonaba.
Y el viento de la playa se metía
en las hendidias,
y la canción pendía del tejado, colgaba
de las calles, pisaba las aceras
sonando su sonar de moda.
¿Qué canción? ¿Cuál la canción?
¿La de vuelo popular?
¿La del patio lleno de piscualas?
¿La de un umbral de rosas blancas
al pie de un verso conocido?
La canción que era,
despierta,
parida en todas las victrolas
y el mundo metiéndose
a mi almohada
con un sueño no soñado todavía
y todos los sueños
repetidos

en su do-re-mi fatal, cumplido,
parado en la repisa de la sala,
lavando en las cocinas
o en los patios,
por zaguanes y postigos,
en la fonda de la esquina,
saltando un juego
de números borrados en la acera
al cuatro mi gato
y cinco te hinco,
filtrando por los ojos
mi universo completado,
el que era entonces
–de pequeño, entre pequeños–
y que desde aquel instante espero.

y después

Y la canción seguía
a fondo, bien a fondo.
Luego la resaca resumía
los oficios y las gentes
salían de su fiesta
con la fiesta adentro,
puesta a pasar
sigilosamente
la estocada.
El aire devolvía otras canciones
que bajaban de los montes.
Los montes fueron bosques
y veredas y guaridas
y fueron sobre todo sierra.
El mapa
de mí mismo se hizo
solo calles
atoradas,
casas al desfile
unas tras las otras
con su centro

sitiado por banderas
parte rojas partes negras,
y aceras con noticias de fusiles.
Y allí las bocas
que boqueaban solo gritos,
gritos que entonaban otras bocas
que marchaban
boca al frente
entre cortinas: teatro con sus luces
de andar por casa,
y la canción sonaba
a crujir de un pan
tierno y sencillo que llevamos
a la boca.
Y la canción volvió de nuevo
a entonar su dos por cuatro.
¿Qué canción? ¿Cuál la canción?
La que giraba y salía a flote
al paso de las olas,
la que apuntaba a one, two, three
por los relojes
y se hacía pasar por extranjera.
Y los días se abrían
a la diáfana mañana
de plomo por las venas
corriendo hasta el antojo,
brindando cubas de ceniza
en cada sorbo, en cada instante,
a cada hora.
Porque el cuerpo se hacía
asombro de cadenas,
se hacía golpes y porrazos,
se hacía niño
de regreso a su placenta.
Y la tarde llegaba
con su canción de alerta.
¿Qué canción?
¿Cuál de ellas se metía,
deslizada entre los dientes?

¿Cuál sonaba entre los gritos?
Y los gritos salían de sus bocas,
de sus ojos,
de su lengua resolviendo primaveras
que salían al desfile...
a los lejos una ciudad dormía
y se agitaban los pañuelos
y Dios andaba
solo entre pañales...
y nadie escuchaba la canción
que se filtraba.
¿Cuál? ¿Qué? ¿Cómo?
Mas allá de los fusiles,
más allá del mar,
la canción sonaba en las esquinas
y todos callaban
y mi rostro se escondía
entre mis manos,
y mis manos sumaban dedos
y más dedos que se hundían
en la arena,
en el fango de la playa,
entre las tumbas
desparramadas todas
por la isla entera,
y una brisa fina columpiaba
el sueño
que el barro adormecía...
y solo el silencio hablaba.